

Prólogo

El día en que Ernesto Marróné descubrió, al volver a su casa del country Los Ceibales tras una hermosa tarde dedicada al golf, el póster del Che Guevara colgado en la pared del cuarto de su hijo adolescente, supo que el momento de hablar de su pasado guerrillero había llegado.

No es que fuera un secreto guardado bajo siete llaves: su esposa, por supuesto, estaba en parte enterada —a fin de cuentas por aquel entonces ya estaban casados, y algo así era más difícil de ocultar que una infidelidad conyugal—; pero Mabel, lejos de esforzarse por violar su reserva, más bien había siempre cercenado sus tímidos atisbos de sinceramiento con un tajante “prefiero no enterarme”. Sus suegros, y en menor medida sus padres, estaban al tanto de algo; cuánto, nunca se había propuesto indagar. Y en el trabajo, por supuesto, era un secreto a voces. ¿Quién podía ignorar el paso de Marróné por la célebre organización extremista que en aquellos días mantenía secuestrado nada menos que al mismísimo presidente de la empresa? Sus hijos, en cambio, para bien o para mal, habían sido —hasta hoy— preservados.

Es así, es así, pensó Marroné, mientras desanudaba resignado los cordones de sus zapatos Jack Nicklaus, no se puede huir del pasado. Por más que corras, tarde o temprano termina alcanzándote; a todos nos alcanza. Porque la historia de Marroné, lejos de ser excepcional, era más bien emblemática de toda una generación, una generación abocada hoy a borrar las huellas de un vergonzante pasado con el mismo ahínco que antes había dedicado a la construcción de un utópico futuro. ¿Quién, entonces, se atrevería a tirar la primera piedra, quién a señalarlo con el dedo? Aquí mismo, sin ir más lejos, ¿cuántos que hoy ocupaban sin asombro estas hermosas casas semiocultas entre las frondosas arboledas no habrían, con la misma mano que hasta hace un rato balanceaba con soltura la raqueta Slazenger, empuñado en el pasado las armas para luchar contra privilegios mucho menos injustos que los que ahora detentaban?

La ducha caliente devolvió a su cuerpo el calor que el clima de junio y los incipientes recuerdos habían desalojado, y a su espíritu, la templanza necesaria para afirmarse en la decisión tomada. Había llegado la hora de que su hijo supiera la verdad. Ni siquiera lo consultaría con Mabel, como solía hacer en estos casos, para que su resolución no flaqueara. Una pareja podía recorrer el camino de la vida sorteando con soltura los recordos de silencio y siguiendo de largo ante las puertas cerradas, pero un hijo era otra cosa. Para un hijo, el secreto, el silencio, la indiferencia de un padre eran un

mensaje, un mandato, quizás hasta una condena, tanto más insidiosa cuanto más solapada. Quizá, si se tratase de su hija Cynthia, la todavía mimada princesa de papá, podría dejarlo para más adelante. ¿Qué podría entender ella, cuando hasta ayer los juegos con muñecas Barbie, y hoy los peinados, los bailes de fin de semana, los regímenes para adelgazar y los coqueteos inocentes con jóvenes de su misma edad y condición ocupaban todo el tiempo libre que sus estudios en el colegio situado dentro del perímetro del country le dejaban? Si bien era verdad que en aquella época la guerrilla en su impetuoso avance había llegado a sumar miles de mujeres a sus filas, era igualmente cierto que, hoy por hoy, dicha posibilidad había quedado definitivamente sepultada. Con los varones, en cambio, uno nunca podía estar del todo seguro. Siempre empezaban por ellos: por su idealismo, por sus románticos anhelos de aventura, por su culto al riesgo por el riesgo mismo, por toda esa energía que era tanto más fácil hacer estallar que encauzar y conducir por los ordenados circuitos de la sociedad. Tenía confianza en su hijo: era un joven brillante, condenado al éxito, un líder nato y a la vez excelente compañero, y sobre todo de una gran nobleza de corazón. Pero eran justamente estas cualidades, lo mejor que en él había, lo que lo volvían más proclive a escuchar el canto de sirena de los impacientes y los violentos. Marroné lo sabía mejor que nadie. ¿Acaso no lo habían logrado con él? ¿Cómo creer entonces que su hijo estaba a salvo de sus tácticas de seducción?

Ya vestido con el atuendo de entrecasa que llevaría hasta la hora de acostarse, se encontró una vez más, al pasar frente a la puerta abierta de la habitación de su hijo, con los nítidos contornos en blanco y negro (nunca un gris, nunca un matiz) del póster del Che Guevara. Sus ojos se cruzaron con los intensos y desafiantes de su demasiado famoso compatriota, pero esta vez, a diferencia de otras, le sostuvo la mirada. “Pudo haber funcionado conmigo”, le dijo mentalmente, “pero con mi hijo no te va a resultar tan fácil. Porque él no está solo, me tiene a mí. Y yo... te conozco demasiado”. Marroné sintió una puntada en el pecho al pensar en cuántas vidas se podrían haber salvado si tan sólo los padres hubieran sabido hablar a tiempo con sus hijos. “Nunca nos dimos cuenta de nada”, decían luego, como si las paredes de cientos de habitaciones de jóvenes no ostentaran, por aquellos años, la señal de alarma que emanaba de los ojos de fuego del romántico revolucionario. Una generación entera se había inmolidado en el altar de dudosos ídolos, una generación de la cual él, Marroné, era un sobreviviente. ¿Y para qué había sobrevivido, si no para contar la historia y, contándola, conjurar su repetición, y devolver al descanso de la tumba a los inquietos fantasmas del pasado?

No podía hacerlo ahora, de todos modos: Tommy estaba fuera de casa, recién terminando su entrenamiento en el CASI, y aun cuando no volviera muy tarde, la presencia de la madre y de la hermana, que ha-

bían ido como todos los domingos al shopping y no tardarían en llegar, conspiraría contra el clima de íntima charla padre-hijo que sabía imprescindible para que sus palabras no cayeran en saco roto. Mañana, en el auto, cuando como todos los lunes Ernesto y Tomás Marroné recorrieran juntos los casi setenta kilómetros de autopista que los separaban, a él de la torre de oficinas de Puerto Madero, y a su hijo del edificio de la universidad, sería el momento de hablar tranquilos. Y mientras tanto tendría toda la noche para pensar en qué decir.

Una cosa, sobre todo, lo preocupaba.

¿Le creería? ¿Podría su hijo, podría alguien que sólo conociera al Ernesto Marroné de hoy, creer que él, gerente de finanzas del conglomerado de empresas de construcción y negocios inmobiliarios más pujante del país, se había ocultado en las sombras y recovecos de la clandestinidad, se había declarado alguna vez enemigo de la misma sociedad que ahora lo cobijaba, había no sólo levantado la voz sino empuñado las armas contra supuestas injusticias que en todo caso su actuación no había contribuido sino a agravar?

Esa noche, Ernesto Marroné no durmió.

La pasó en vela, las manos cruzadas bajo la nuca, la mirada fija en un punto del cielo raso donde se entrelazaban las sombras fantasmagóricas que proyectaban las ramas de los árboles crucificadas por las luces de la calle, dejando que los recuerdos acudieran. Allí, como en una pantalla vacía, contempló con lucidez y sin-

ceridad, y del principio al fin, la película de su pasado rebelde. La película que para él había comenzado dieciséis años atrás, la tarde en la que fue convocado por primera vez al subsuelo del edificio de Paseo Colón al 300, al subterráneo complejo de oficinas que el presidente de la compañía había bautizado con el poético y valquiriano nombre de *Nibelheim*, pero que todos sus empleados denominaban, más familiarmente, el búnker de Tamerlán.

Capítulo I

El dedo de Tamerlán

—Los secuestradores del señor Tamerlán han planteado nuevas exigencias, señor Marroné.

Marroné, sentado frente al escritorio, deslizó los ojos por la pulida superficie craneana del contador Govianus, quien rara vez miraba a su interlocutor, prefiriendo seguir los vagos gestos con que acompañaban la conversación sus manos desganadas. Govianus había tomado posesión del imponente escritorio de metal, que parecía una caja fuerte acostada, y de la inmensa bóveda sellada que lo contenía, apenas horas después de difundida y confirmada la noticia del secuestro del señor Tamerlán por parte de la organización subversiva peronista Montoneros, y desde allí había comandado, en coordinación con la familia del secuestrado, todas las negociaciones durante los últimos seis meses, pero a pesar del tiempo transcurrido no parecía haberse hecho más del lugar. La habitación le quedaba grande, el escritorio le quedaba grande, incluso la lapicera de oro con el monograma “FT” primorosamente grabado en su base parecía demasiado grande para sus

dedos. Un enano, eso le recordaba el contador Govianus, un enano calvo y anteojudo usurpando los dominios de un gigante.

—¿Qué piden ahora? ¿Más plata?

—Ojalá, Marroné, ojalá. A veces lamento que en este país los secuestros no los haga la mafia. Al menos con ellos uno puede entenderse, se comparten ciertos códigos. Pero esto de mejorarles las condiciones de trabajo a nuestros obreros —siempre a los obreros, dicho sea de paso, al personal administrativo que lo parta un rayo, como si no sufriéramos también—, recibir como señores a los delegados que el día antes echamos a patadas, repartir comida en las villas... ¡Gente grande, hágame el favor! ¿Sabe lo que quieren ahora? ¿Sabe la última que se les ocurrió? Quieren que pongamos un busto de Eva Perón en cada una de nuestras oficinas, incluso en ésta quieren que lo pongamos. ¿Se le ocurre algo más ridículo?

Marroné se abstuvo de contestar, pues ya estaba calculando mentalmente la cantidad de bustos que demandaría cumplir con el nuevo pedido. Octavo piso, el *Wal-halla*, sala de reuniones y dos oficinas más; séptimo piso, nueve oficinas, un hall de distribución...

—¿Los recibidores también?

—Qué sé yo. Digamos que sí, por si las moscas. Capaz que también la quieren en los baños, para que nos mire mear. Le juro, Marroné, siento que estoy llegando al límite. Primero el señor Fuchs, que en paz descanse, ahora el señor Tamerlán... ¿Somos la única empresa en

el país con presidentes para secuestrar? Estos muchachos deberían seguir un sistema de rotación, como el de los cultivos... Se han encarnizado con nosotros, es lo que digo. Y eso que nuestro personal es cien por ciento argentino. Fuchs se había naturalizado hacía rato, y el señor Tamerlán vive en el país desde los diez años. Con decirle que llegó el mismísimo diecisiete de octubre del cuarenta y cinco... Pero estos muchachos no saben nada de historia. En fin. Mientras no se les dé por quemarnos, como hacen con las extranjeras...

Era evidente que el contador Govianus necesitaba desahogarse, y Marroné recordó al instante la cuarta de las “seis maneras de agradar a los demás” enumeradas en su libro de cabecera, *Cómo ganar amigos e influir sobre las personas*, de Dale Carnegie: “Sea un buen oyente. Anime a los demás a que hablen de sí mismos”.

—Pero usted y su familia tienen muy buena seguridad, ¿no?

—Lamentablemente. ¿Usted sabe lo que es vivir con los custodios en el living de la noche a la mañana? Hay uno que nunca tira de la cadena. Poco a poco le van tomando la casa. Ahora se adueñaron del control remoto. Imagínese: *Patrulla juvenil*, *Mujer policía*, *Starsky y Hutch*... Sólo zafo los días que hay partido. Con mi señora tuvimos que comprarnos un segundo aparato para el cuarto. Y ya nadie se atreve a tocarnos el timbre. El otro día encañonaron al sodero y lo obligaron a tomarse un vaso de cada uno de los sifones que trajo. Por si trataban de envenenarme, explicaron después.

El eructo se escuchó en Burzaco. Pero comparados con los del señor Tamerlán, mis problemas no tienen ninguna importancia. El tiempo apremia, Marroné. Ya han pasado seis meses. A los secuestradores se les está acabando la paciencia. Mire.

Govianus le ofrecía una caja rectangular de acero inoxidable, de las que se usan para guardar y esterilizar jeringas, con una delgada película de escarcha condensada sobre la superficie. Marroné la tomó de sus manos. Estaba helada, como si la acabaran de sacar del congelador.

—Abralá, abralá.

Marroné intentó hacerlo pero sus dedos resbalaban sobre el hielo y el acero no se despegaba del acero. Finalmente lo consiguió enganchando el borde con una uña y tirando. Apenas vio el contenido pegó un grito y largó todo por los aires.

—¡Un dedo! ¡Es un dedo!

—¡Claro que es un dedo, Marroné! ¡Es el dedo del señor Tamerlán! Agradezca que su dueño no está presente para ver cómo lo trata. Bueno, no se quede ahí papando moscas. Ayúdeme a buscarlo, ¿quiere?

Tuvieron que internarse entre cables eléctricos y telefónicos, patas y ruedas de sillas para encontrar las dos partes de la caja y su contenido. Marroné tuvo la mala suerte de encontrar el dedo. Estaba lívido, marmolado de manchones amarillos y grisáceos, y la uña, a pesar de estar prolijamente cortada y manicurada —como si la hubieran engalanado expresamente para su gran día,

pensó horriblemente Marroné—, tenía algo de amenazador, como esos amuletos hechos de garra de animal. Angustiado buscó a su alrededor con qué agarrarlo, y cuando le pareció que Govianus no miraba sacó un bollo de la papelera y desplegándolo lo usó de agarradera. A través del papel sintió el frío de la carne muerta recorriéndole la columna vertebral como un xilofón. Prolijamente situó el dedo en la oquedad del algodón y devolvió la caja a la superficie del escritorio. Una pregunta incisiva pasó fugaz por su conciencia.

—¿Estamos seguros de que se trata del dedo del señor Tamerlán?

—Tenemos las pericias policiales, que han dado positivo, lo cual, en este país, no hace falta que me lo diga, no sería ninguna garantía. Pero me atrevo a decir que todos, en esta empresa, conocemos bien ese dedo. Corríjame si me equivoco, señor Marroné.

Govianus había inclinado la cabeza apenas, bajando los lentes sobre el puente de la nariz, y sus ojos desnudos lo desafiaban, por encima del parapeto del marco, a disentir. No se equivocaba, claro que no. Hasta ese momento Marroné no había tomado conciencia cabal del grado de salvajismo o fanatismo de los hombres con los cuales se enfrentaban. Cortarle el dedo índice al señor Tamerlán era como cortarle la cabellera a Sansón, la nariz a Cleopatra, la lengua a Caruso y las piernas a Pelé; como patearle los dientes a Perón y castrar a Casanova. ¡Estos hombres eran capaces de todo! ¡Para ellos no había nada sagrado! Sin duda cono-

cían el profundo significado que el dedo del señor Tamerlán tenía para todos los empleados de su empresa, y con su mutilación querían apuntar directamente al núcleo íntimo de su ser. No había en la empresa secreto mejor guardado, y sin embargo lo habían descubierto. Se sabía que la subversión había infiltrado el gobierno, las organizaciones sindicales y hasta el mismo ejército. ¿Por qué iban a ser ellos la excepción? Están en todas partes, pensó Marroné con un escalofrío; uno nunca sabe con quién está hablando en realidad. Mientras Govianus atendía un llamado telefónico Marroné volvió a contemplar, con sentimientos encontrados de revancha y ternura, unidos a ciertas inevitables reflexiones sobre la caducidad de todas las cosas humanas, eso que ahora yacía inerte en su sarcófago de acero, y por un instante sus ojos se llenaron de lágrimas. Era el mismo, sin duda; cómo había podido dudarlo. Recordaba el día exacto en que lo había conocido, junto a su por aquel entonces portador, entre otras cosas porque de ese mismo día databa el inicio de la inveterada constipación que desde entonces lo aquejaba: el día en que el señor Tamerlán lo había entrevistado en persona y le había ofrecido el puesto de jefe de compras que todavía era suyo. Ese encuentro había cambiado su vida, había calado hondo en su ser. Marroné, gracias a un posgrado en Marketing de Stanford y ciertos contactos familiares, había pasado aceitadamente las instancias previas, pero era sabido por todos en el ambiente empresarial que el

requisito final para entrar a cualquiera de las empresas del Grupo Tamerlán era la entrevista personal y privada con el gran hombre. Se rumoreaba que tenía un método infalible para separar la paja del trigo al seleccionar al personal jerárquico de sus empresas, aunque ninguno de los examinados —aceptados o rechazados— había querido divulgar en qué consistía: un tácito pacto de silencio que no hacía sino acrecentar el misterio y alimentar la usina de rumores y especulaciones. Se sabía, además, que tras el secuestro y muerte del anterior presidente, el señor Tamerlán había reestructurado en su totalidad la empresa, pasando a todo el personal jerárquico por su criba secreta, digitando ascensos y caídas y eliminando a muchos cuya lealtad para con el nuevo presidente no fuera incondicional, creando así numerosas vacantes como la que Marroné aspiraba a cubrir.

La semana anterior a la entrevista Marroné la había pasado en excitada anticipación de ese encuentro, que marcaría —si todo salía bien, si sabía decir la frase adecuada mil veces repasada en el momento justo, guardar silencio atento cuando el señor Tamerlán tomara la palabra, sonreír siempre mucho, buscar el momento indicado para darle el pésame por su fallecido socio— un antes y un después en su vida. No podía pensar en otra cosa: durante todas y cada una de las noches de esa interminable semana había internado a su esposa, a la hora de la cena, con las historias que circulaban en el ambiente acerca de la mítica estirpe de los Tamerlán; sentaba a

su hijo sobre sus rodillas y en lugar del ico-ico-cabalito le hacía el tam-tam-Tamerlán; y en la cama, antes de dormir, se enzarzaban con su esposa en un monomático torneo de especulaciones acerca de las trampas que el señor Tamerlán podía tenderle en la tan misteriosa entrevista, para anticipar las cuales leyó y releyó, hasta que se le empezaron a caer las hojas, el libro de Warren P. Jonas, *¿Está usted preparado para su entrevista laboral?* Se rumoreaba que muchos que habían sorteado con soltura las sucesivas vallas de las entrevistas formales, Rorschach, tests grafológicos y psicológicos, mordían el polvo en esta recta final. Al repetirlo, Marroné se estremecía de intriga y preocupación, y su esposa, lejos de aburrirse, avivaba las llamas con recortes sobre el señor Tamerlán hallados en diarios y revistas de actualidad, y por las noches, en los respiros que las angustias nocturnas del niño cada tanto les daban, hacían el amor con una fogosidad desconocida aun en sus primeros encuentros, aunque Marroné, como solía sucederle en épocas de gran ansiedad, en general acababa antes. Pero alguna vez y sin que se diera cuenta del todo debió haberla embocado, pues exactamente nueve meses después Mabel daría a luz a la pequeña Cynthia, y Marroné, al verla por primera vez, había creído espiar los inconfundibles rasgos del señor Tamerlán en las tierñas facciones de la niña, como si en el delicado momento de la concepción la imagen mental que nunca abandonaba su cabeza se hubiera impreso en la maleable superficie de las células.

En aquellos días agitados ni siquiera la descarga de la tensión le permitía conciliar el sueño: pasaba el resto de la noche en vela, repasando su futura conversación con el gran hombre de empresa en todas sus alternativas posibles, planeando estrategias y evaluando posibles escenarios y resultados. Lo más importante, el secreto, era no ceñirse a los caminos trillados, atreverse a innovar; en una palabra, ser creativo. Nada podía ser más tedioso, para un inquieto hombre de genio como el señor Tamerlán, que la rutina de una entrevista laboral. Marroné haría de ésta un momento inolvidable. Tomaría la iniciativa desde un comienzo: buscaría por ejemplo algo en la oficina para elogiar sinceramente: un cuadro, una lámpara antigua, la *boiserie*, como había hecho James Adamson, presidente de la Superior Seating Company, en su entrevista con Mr. Eastman, según se narra en *Cómo ganar amigos e influir sobre las personas*. El rostro adusto del señor Tamerlán se iluminaría de inmediato, y pasaría a relatarle la historia del objeto en cuestión. “Ha pertenecido a mi familia durante generaciones. Mi padre, a comienzos de la Gran Guerra...” La charla adquiriría de inmediato un carácter informal, descontracturado: descubrirían con alborozo intereses comunes, como la caza mayor o la ópera wagneriana, intereses a decir verdad recientemente adquiridos por Marroné tras haberse interiorizado de los gustos del señor Tamerlán, leyendo números atrasados de la revista *Aire y Sol* y escuchando *La valquiria* hasta caer rendido. Ganado por la sonrisa fran-

ca y el interés sincero del aspirante a jefe de compras, el señor Tamerlán bajaría gradualmente las defensas y le confesaría sus más íntimos temores: el de no ser el eficaz piloto de tormentas que su flota de empresas necesitaba para navegar los impredecibles humores de la economía nacional; el de no poder competir, en el manejo eficiente del intrincado conglomerado, con el fantasma de su fallecido socio y predecesor, o (proféticamente, como luego se vería) el de ser víctima de un atentado por parte de los mismos que lo habían secuestrado y asesinado. Por etapas la charla iría pasando de lo personal a lo gerencial: una a una Marroné deslizaría sugerencias para mejorar la gestión de la empresa, tomando la precaución de hacerlas pasar por ideas del propio señor Tamerlán que él, Marroné, meramente cazaba al vuelo y *explicitaba*, como se recomienda en *Sit Your Boss on Your Knees*, de Raymond Schneck. El puesto que él en secreto anhelaba, el de gerente de marketing, le sería ofrecido en el acto, con la promesa de la vicepresidencia, que el señor Tamerlán había dejado vacante al ascender, titilando casi al alcance de su mano como la sortija de la calesita; momento en el cual la fantasía de Marroné llegaba al término de su vertiginoso ascenso por la escalera de preguntas y respuestas imaginarias y, soltándolo, lo dejaba caer hacia la realidad actual del encuentro todavía no consumado y el colchón de la cama, sobre el cual febrilmente se revolvía dándose vuelta hacia un lado y hacia el otro, aguantando los codazos dormidos de su esposa, hasta

que los engranajes de su deseo y de su fantasía volvían a encajar y Marroné iniciaba nuevamente el lento pero inexorable ascenso por los peldaños de la ensañación escalonada. Sentía su cerebro incandescente, como una gran brasa adentro de su cráneo, y daba una y otra vez vuelta la almohada para enfriarla. Ironías del destino: sus tripas, flojas como nunca, esa semana lo habían tenido corriendo al baño a cualquier hora del día y, a medida que el Día D se aproximaba, también por las noches, como si hubieran sabido que esa irresponsable libertad acabaría para siempre al término de la tan ansiada como temida entrevista.

La cual no tuvo lugar en el todavía inexistente búnker, por aquellos días mero archivo y depósito de materiales en el subsuelo, sino en las antípodas del edificio, bajo la combada cúpula de cristal ambarino que coronaba el último piso de la señorial construcción de principios de siglo, bautizado por el propio señor Tamerlán con el poético apodo de *Walhalla*.

El señor Tamerlán había hecho ubicar su escritorio, un imponente catafalco de caoba, exactamente debajo de la cúpula de cristal, y porque era un día soleado Marroné se encontró, al entrar, con su potencial empleador sumergido en un nimbo de luz dorada que lo aislaba de la atmósfera circundante, como si habitara una realidad de orden distinto y estuvieran hechos el escritorio, los objetos que sobre él se desparramaban, el hombre mismo sentado en su trono de brazos curvados, de una materia más refinada, de oro y luz.

—Ese escritorio... —comenzó Marroné su ensayada rutina.

—Bájese los pantalones, por favor.

El señor Tamerlán había hablado sin mirarlo, sin siquiera levantar la vista de la carpeta, quizás un pliego de licitación, que había estado hojeando, y ante lo inusual del pedido Marroné recorrió con la vista la enorme habitación, no fuera que las palabras estuvieran destinadas a otro y él a hacer un papelón. No, estaban solos. Marroné se aflojó el cinturón y desabrochó la presilla y luego el botón interior de sus pantalones James Smart comprados, como el resto del traje, expresamente para la ocasión. Como eran de botamanga ancha pudo pasarlos por los pies sin demasiado problema, salvo con el taco del zapato izquierdo que se enganchó y lo obligó a saltar en una pierna un par de veces. Los dobló cuidadosamente, pero como no tenía a mano dónde colgarlos permanecieron sobre su brazo izquierdo, doblado a modo de perchero. Los calzoncillos en cambio eran usados, y de liquidación; se alegró de que las colas de la camisa los taparan por completo.

—Eso también —dijo el señor Tamerlán sin mirar, como dando por sentado que la respuesta inicial estaría regida por el pudor.

Marroné obedeció, recordando en ese instante una enigmática frase que de buena fuente se atribuía al señor Tamerlán. “Quien quiera hacer carrera aquí debe ponerse el calzoncillo de la empresa.” Seguramente

hacía referencia a lo que ahora estaba a punto de descubrir. El señor Tamerlán cerró la carpeta, se levantó de su silla, dio la vuelta al escritorio y caminó hacia él, examinándolo con las manos entrelazadas a la espalda. Por un momento Marroné temió que estirara una hacia su boca para examinarle las encías. Fuera del círculo encantado de la luz, el señor Tamerlán podía pasar por un ser humano como cualquier otro, salvo cuando clavó en los suyos los ojos. Entonces, lo que la luz amarilla había mitigado saltaba sobre uno como un perro liberado de su bozal: dos pupilas orladas de azul helado, duras y cortantes como un iceberg. Pero fue recién cuando Marroné bajó la vista a sus manos que el susto le permitió encontrar las palabras que la sorpresa le había arrebatado. El señor Tamerlán se estaba calzando, con la ayuda de la mano izquierda, un dedo de goma de proctólogo sobre el índice derecho.

—Ya me hice la revisión médica obligatoria —balbuceó aterrado Marroné.

—No sea sonso, Marroné, o me voy a arrepentir de contratarlo antes de haberlo hecho. No es su próstata ni mucho menos sus hemorroides lo que me preocupan, de hecho mis ejecutivos más eficientes las tienen, los vuelven más inquietos y agresivos. Como las úlceras. No, Marroné, es otra parte suya la que me importa conmover por este medio. Adelántese unos pasos, por favor. Así. Ahora apoye ambas manos sobre el escritorio. Deje eso ahí, sin miedo, que se lo devolvemos a la salida.

mas Browne. Las tradiciones místicas, teosóficas o espiritistas, en cambio, suelen favorecer la zona cardíaca; en los *Upanishads*, con mayor precisión, se la sitúa bellamente en un pequeño sagrario en forma de flor de loto en el centro del corazón. Los asirios, en cambio, la localizaban en el hígado. Raza estúpida. Sólo por eso merecían extinguirse. También ha habido quienes hablaron de varias almas, como los egipcios, que contaban siete, distribuidas por todo el cuerpo; Platón, más moderado, se quedó en tres: la racional, que se ubicaría en la cabeza; la pasional, en el pecho, y la apetitiva, entre el diafragma y el ombligo; con esta última pegó en el poste. Descartes en cambio se me fue a la otra punta: afirmaba que el alma se alojaba en la glándula pineal, situada en medio de la sustancia cerebral, por ser ésta la única estructura simple, y no doble, del cerebro y los órganos de los sentidos; de ahí que algunos la hayan querido vincular con el tercer ojo de los budistas, el ojo del alma.

”Esta última noción, aunque errónea, me ayudaría eventualmente a descubrir la verdad. Como ve, muchos de los más grandes sabios, poetas y pensadores de la historia de Oriente y Occidente han dedicado sus días y sus noches a ponderar, o hasta a investigar científicamente la cuestión. ¡Manga de chupapijas ineptos! ¡Cinco mil años de cultura y al final siempre termino haciéndolo todo yo! En fin. Quizá todo ese esfuerzo no haya sido en vano; la verdad, a veces, no es más que el salto cualitativo que resulta de la acumulación